

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1924

LUNES 7 DE JULIO

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

El humorismo de los hechos

(Fragmentos de una HISTORIA UNIVERSAL que acaso aparezca en el siglo XXII).

DESCONCIERTA un tanto leer los diarios españoles e ibero-americanos del siglo XX con el objeto de escribir la historia de esos remotos y confusos días. No es menos ocasionada a perplejidades la lectura de las obras que nos han dejado en herencia los historiadores de la época. Se hablaba entonces en muchos tonos y con varia intención de un sentimiento o anhelo general, denominado ibero-americanismo. Para comprender bien aquella actitud de la prensa y de los eruditos importa no perder de vista que en aquellos días a los historiadores no les era tolerado hacer uso de la ironía, al paso que los periodistas, especialmente americanos, desconocían casi en absoluto el uso de las formas en que hoy suele hacerse presente el sentido del humor. La seriedad era condición necesaria y suficiente de éxito, aunque muchos la cultivaban sin miras interesadas, como si se tratase de la cosa en sí. Carecer de ella era estar condenado al irremediable fracaso.

A los hombres del siglo XXII el problema ibero-americano nos interesa especialmente por la manera como fué comprendido por los hombres que lo planteaban o, mejor dicho, por las diversas y muy graciosas maneras que esos pueblos tuvieron de no entender el problema. En la infinita complicación de naciones y razas y en la eficazísima y limitada acción de los Gobiernos que hoy conoce el mundo es difícil leer los signos del pasado, y por esto la situación de los ibero-americanos a principios del siglo XX nos resulta casi incomprensible.

Suponga el lector que había entonces en Ibero-América veinte Repúblicas de origen peninsular, estrechamente unidas a España y Portugal por sus tradiciones, su idioma, religión, costumbres, su noción general de la vida, sus gustos artísticos, no sin que existieran a un mismo tiempo

marcadas semejanzas entre los dos grupos de pueblos por sus veleidades políticas y sus deficiencias administrativas. Pero más fuerte que todos estos lazos sentimentales o de carácter era una poderosa e irrestrañable corriente migratoria cuya sola existencia, casi ignorada de los Gobiernos, creaba vastos intereses de alcance material y político. Acaso no se ha visto antes en la historia un fenómeno semejante. Desde mediados del siglo XIX empezó a hacerse manifiesta la corriente de simpatía entre los peninsulares de ambos mundos. La franca amistad, la adhesión a la paz internacional de parte de las repúblicas americanas de origen ibérico no fueron interrumpidas en rigor más que una vez en el curso de cien años. La guerra entre el Brasil y el Paraguay, en que vino a verse mezclada la Argentina, fué la locura de un hombre que buscaba complicaciones con sus vecinos para cohonestar en el interior un régimen de barbarie. Su locura, por desgracia, se comunicó al pueblo. Las frecuentes disidencias armadas entre las Repúblicas Centroamericanas fueron siempre o casi siempre el resultado de luchas políticas internas, cuyos promotores buscaban en la complicación internacional una manera de prolongar el conflicto interior o de resolverlo en su propio beneficio. Nada comparable al desenfreno en la matanza de que han dejado testimonio las naciones situadas al oriente del Atlántico. Las guerras de Ibero-América no terminaban, salvo el caso indicado, con la usurpación de territorios ni con la imposición de humillantes condiciones al vencido para incapacitarle económicamente y del punto de vista militar. En aquellos países el sentimiento patrio era menos intenso que la pasión del partido. Fué por esta razón propicia por lo que allí se llevó a cabo, sin estremecimientos dolorosos, la obra de la unificación internacional,

bajo cuyo amparo vivimos y cuya implantación costó en Europa tanta sangre.

Existía, pues, según se ha dicho, un vivo sentimiento de fraternidad entre las Repúblicas americanas de origen peninsular y a un mismo tiempo entre ellas y los pueblos europeos con los cuales tenían lazos de sangre. Reconocían todas un peligro común, una amenaza constante en la República sajona del Norte, que, por diferencia de idioma, de raza y, sobre todo, por tener de la vida un concepto estrechamente materialista, estaba incapacitada para comprender a los pueblos del Sur, cuanto más para dirigirlos en la ruta de sus manifiestos destinos. De otro lado, en el primero y segundo siglo de su existencia los Estados Unidos habían ejercido el estrago y cumplido el despojo territorial en más de una de las Repúblicas del Sur. Estas naciones, como se ha dicho, carecían de ambiciones territoriales. Arreglaron sus diferencias sobre asunto de fronteras siempre o casi siempre por medio de árbitros; aceptaban toda invitación franca a formar Sociedades cuyo objeto fuera establecer la paz universal, y llegaron a formar un núcleo pacifista sin cuyo influjo habría demorado mucho más de lo que en efecto se ha demorado la pacificación del mundo. De cuando en cuando se promovían estudios o conferencias en busca de la mejor manera de reunir en grupos mayores algunas entidades políticas del Continente. Una vez lo intentaban las Repúblicas Centroamericanas; otras, Ecuador, Venezuela y Colombia; menos abiertamente se pensó alguna vez en reunir en un solo haz político las cinco Repúblicas libertadas por Bolívar. España miraba con agrado estas saludables tendencias a la unidad en la diversidad. Europa no tenía por qué desconfiar de pueblos eminentemente adictos a la paz internacional y necesitados de mayor población, no para expandirse a expensas de otros países, sino para realizar obras de adelanto, superiores al esfuerzo de una población escasa.

Los Estados Unidos, que habían llevado a cabo la desmembración de dos grandes Repúblicas al Norte del Ecu-